

# MIGUEL HERNÁNDEZ, UNA VOZ DE SANGRE Y TIERRA<sup>1</sup>

*Salvador Compán*

RESUMEN: Se hace un recorrido por la trayectoria vital de Miguel Hernández, deteniéndose en los aspectos más destacables de su obra como poeta, para terminar, detallando su relación con Jaén en el breve período que pasó durante la Guerra Civil.

PALABRAS CLAVE: Miguel Hernández, Jaén, Guerra Civil, 1936-39.

ABSTRACT: He takes a tour of the life trajectory of Miguel Hernández, dwelling on the most noteworthy aspects of his work as a poet, to finish, detailing his relationship with Jaén in the brief period that passed during the Civil War.

KEY WORDS: Miguel Hernández, Jaén, Guerra Civil, 1936-39.

Juan Marsé declaró alguna vez que empezó a escribir para meter en cintura a la vida, para ajustar con sus novelas las cuentas con la vida. Marsé era emigrante en Cataluña, trabajaba en una joyería y, de algún modo, veía pasar el esplendor de Barcelona delante de él notando que su marginalidad de charnego le impedía agarrar ese mundo con las manos. Hizo Marsé su particular lucha de clases a través de la literatura, adquirió preeminencia y un día pudo contar que escribió *Últimas tardes con Teresa* porque era su forma de acostarse con la protagonista de esa novela, aquella chica rubia, rica y guapa, una universitaria de descapotable y de tabernas, que jugaba a redimir al proletariado. Ya veis, la literatura reescribiendo la vida, reinventándola para que la realidad tenga menos dientes, disminuya su arbitrariedad y esté nivelada por lo que llamamos la justicia poética. Las

---

<sup>1</sup> El origen de este texto está en una conferencia impartida en su día en el Instituto de Estudios Giennenses.

palabras de Juan Marsé son parecidas a las que hemos repetido otros escritores de muchas maneras. Escribo para que me quieran, como decía Lorca, o escribo para corregir los agravios de la vida, a la manera de Italo Calvino.

El caso de Miguel Hernández es un ejemplo superlativo de este poder desmesurado que le concedemos a la literatura. Se puede decir que el poeta de Orihuela apostó toda su vida a la poesía y puso todo lo que era en cada verso. Él fue su poesía. Sus ideas, su rabia, su sudor o sus emociones fueron su poesía. Escribió con su sangre y utilizó lo escrito, primero, como un arma para vengarse de la mala suerte de haber nacido en una familia de analfabetos, y, después, como un abrazo de nivelación social que quiso extenso y colectivo.

Habría que imaginarlo cuando no ha cumplido aún los quince años y estudia con los jesuitas, en el colegio de Santo Domingo vecino a su casa. Tendríamos que hacernos cargo de que esa vecindad no supuso contagio cultural, porque su padre lo había matriculado firmando con el dedo y su hermano Vicente era casi ágrafo. En su casa no había pobreza, la familia tenía ochenta cabras y otro tanto en el monte, pero el padre se guiaba por una máxima perversa: “De padre cabrero, hijo cabrero”. La consecuencia es que decide sacarlo del colegio, a pesar de que Miguel ha estudiado con lo que se llamaba con crueldad “alumno de bolsillo pobre”, a pesar de que los curas le ofrecen una beca, a pesar de que en sucesivos finales de curso los jesuitas, fieles a su concepción militarista y jerárquica de la enseñanza, lo nombran Emperador de la Gramática o Príncipe de la Aritmética como un simple derivado de sus excelentes notas.

Habría, pues, que imaginarlo en un día de abril de 1925, cuando su padre acaba de obligarlo a dejar los estudios y sale por primera vez de su casa con el rebaño de cabras. Vestido con ropa de pastor, atraviesa con el ganado entre sus compañeros de la víspera mientras que, para aumentar la humillación, algunas cabras restriegan su lomo contra el zócalo del suntuoso edificio del colegio. La escena tiene el valor de un corte brutal en el tejido de una vida. El Emperador de la Gramática está de pronto excluido de la Gramática y de todo el mundo que la Gramática ponía a su alcance, ese mundo civilizado que se alza majestuoso casi delante de su casa de analfabetos, una mole en la que domina el logos renacentista, conocida como El Escorial de Levante, donde parecen contenerse todos los caminos que conducen a lo mejor de la vida.

Escribió Borges que hay un momento, quizá uno solo a lo largo de la existencia, en el que un hombre se encuentra en una encrucijada del

azar y debe elegir quién es, a dónde va, cuál es su destino. Tengo para mí que, esa mañana de abril de 1925, Miguel Hernández inicia su lucha desmesurada por ser alguien. Será el que quiere ser y no le dejan ser. La cultura lo salvará de su infortunio. Será poeta, tendrá reconocimiento, se vengará de la miseria a la que lo aboca su familia con la supremacía de sus versos. Sabe que tiene el don de la lengua y una inteligencia especialmente asociativa que es la cualidad esencial para la creación literaria. El camino será tortuoso pero sus pasos serán seguros y tenaces, porque va a tomar lo suyo, va a exigir el trozo de justicia que le corresponde. Tal vez nadie ha aplicado con más dedicación que él aquella máxima de Gramsci que nos dicta que al pesimismo de la razón debemos oponer el optimismo de la voluntad.

Desde entonces, será consciente de que tiene que construir a pulso su personaje. Y he dicho personaje porque dentro del plan del hijo de don Miguel, el analfabeto, entra explotar su desgracia de muchacho arrancado de los estudios y expulsado al campo. Ahí está cuajando ya esa representación de sí mismo que cultivará hasta las vísperas de la guerra civil: la imagen, entre idílica, desvalida y enternecedora, de poeta cabrero.

Pero, por lo pronto, el Emperador de la Gramática se dedicará a analizar las entrañas de la lengua, a apropiarse de la maleabilidad y del infinito poder de las palabras. Leerá sin descanso, desvelado durante la noche; manoseará sin fin el diccionario y copiará poemas y definiciones de vocablos; escribirá en cualquier circunstancia, incluso apoyándose en el lomo de las cabras; se fatigará con Góngora, con Rubén Darío, con Gabriel y Galán; llegará a aprenderse la Segunda Antología de Juan Ramón Jiménez de memoria. Se sabe con un oído certero para el verso y siente la lengua como una herramienta, dúctil y suya. La siente también como un arma, porque su voluntad es tan grande como su deseo, y, con su deseo, está seguro de que enmendará el oprobio al que lo está sometiendo la vida.

Miguel Hernández solo puede arrimarse a protectores de ideología fósil que le brinda un pueblo levítico como el suyo. Orihuela es una localidad grande, con casino y catedral, con una burguesía propensa al caciquismo y con grupos de carlistas y de simpatizantes de partidos fascistas. Esa es el paredón que tiene que escalar el neopoeta y aprovechará cualquier oportunidad para darse a conocer en periódicos y revistas de la provincia. Utilizará halagos, dedicatorias y solicitudes, incluso exigencias.

Tiene veinte años y el primer Miguel Hernández está ya definido. Está lleno de juventud e impulso. Es espontáneo y montaraz, y tan culto que se expresa con una extraña, paradójica precisión. Se afilia al Sindica-

to Católico y busca la protección del Ayuntamiento o de la Diputación, de Ramón Sijé, del vicario Almarcha, del diputado Martínez Arenas, de Juan Guerrero, exsecretario de Bergamín, o del editor Raimundo de los Reyes.

No descuida cultivar contactos con otros escritores como, por ejemplo, Juan Ramón Jiménez, Bergamín o García Lorca. En definitiva, de cualquiera que pueda ofrecerle trozos de pan, o migajas, del gran banquete de la literatura. En muchas ocasiones el ultraconservador Ramón Sijé, que, con un fascismo a la española, hablaba de la supremacía de lo moreno sobre lo rubio o de la política de Dios como la única posible, lo amparará, lo recomendará, le enviará una y otra vez cantidades de un dinero que no tiene y pide para el amigo. Quiere Sijé convertirlo en el poeta regionalista de Alicante, en un segundo Gabriel y Galán que cante a la naturaleza y a la piadosa resignación que debe tener el hombre a la hora de habitarla.

En esta línea, el primer Miguel Hernández escribirá poesía cercana al casticismo, a la égloga, a la devoción. De esta etapa, es significativo un poema dedicado al Primero de Mayo que no habla de justicia ni de reivindicaciones obreras sino de sometimiento al destino, de la alegría con la que el campesino debe trabajar para merecer el cielo. Ese poema acaba con este verso:

*El trabajo es una escala para ver más cerca a Dios.*

Cuando tiene veintidós años, logra publicar *Perito en lunas*, un ejercicio retórico casi vacío de contenido, pues apenas pasa de lo descriptivo. Todavía no ha comprendido que la literatura ahonda en la realidad o no es literatura, pero el hijo del cabrero, el Emperador de la Gramática degradado a donnadie, quiere demostrar el dominio técnico que se ha ganado a pulso, con sudor y desvelos, con la rabia ética de los que se sienten injustamente marginados.

Por entonces, Hernández ya ha realizado su primer viaje a Madrid buscando reconocimiento y difusión de su obra, pero no ha conseguido sino que lo echen de la pensión, malvivir con los envíos de dinero de Ramón Sijé y que lo detengan en el tren cuando regresa a Orihuela con identidad falsa para ahorrarse el viaje. Pero Miguel no cejará. Miguel no ceja nunca. Después de esta primera salida de naufrago a Madrid, vendrá otras tres más; después de esa primera cárcel en Alcázar de San Juan, vendrán otras doce más.

Se dice que la adversidad no puede destruir a alguien dispuesto a doblegarla y a ponerla de rodillas. Sin embargo, no hay que olvidarlo,

esa tenaz ambición no viene solo de querer ajustar las cuentas con la vida sino que nace también del orgullo de hacerse a sí mismo, de su sostenido esfuerzo por alzarse a la cumbre de la lengua y escribir con plena consciencia técnica hasta conseguir que el arma de la poesía fuera suya en toda su complejidad.

De entre las muchas personas a las que solicitó ayuda, solo me detendré en su relación con García Lorca por ser la más significativa, la más insistente y, quizá por ello, la más fracasada. En sus solicitudes a Lorca es en donde más explota la imagen de la falsa pobreza de su familia y la de poeta pastor, que ya se ha construido como un anuncio de sí mismo, con el cálculo de que le será necesaria hasta que tenga reconocimiento como escritor.

Conoce a Lorca el 2 de enero de 1933, cuando el poeta granadino, de gira con La Barraca, aparece por el taller de Raimundo de los Reyes, en Murcia, donde se está imprimiendo *Perito en Lunas*, y Miguel ve su gran oportunidad de conectar con la gran poesía que se hace más allá de su rincón levantino. Lorca lo saluda con cierta sorpresa ante ese muchacho invasivo que trabaja ya en una notaría, pero que está ante él como recién llegado del campo, (alpargatas, pelo rapado, pantalones de pana), y que lo intimida con el descarado entusiasmo con el que le habla de *Bodas de sangre* y le recita algunos de los poemas de ese crucigrama que es *Perito en lunas* con los grandes ojos azules alucinados.

—¡Bravo, bravo! ¡Viva Miguel Hernández! ¡Mejor que Góngora! —exclamará Lorca.

—Claro, soy el primer poeta de España —se ríe Miguel.

—Hombre no tanto, no tanto —se siente obligado a corregir Lorca.

Enseguida, Federico parece ofrecer su ayuda para impulsar el libro de Hernández, pero con tanta insinceridad que empezará ahí mismo un conocido distanciamiento entre los dos poetas, cuya desarrollo podemos seguir en la media docena de cartas que envía Miguel al granadino donde le recuerda su compromiso o le reprocha la tardanza en contestar, a pesar de que Federico campea el temporal con algunas respuestas llenas de tirante amabilidad.

Creo que en esas cartas de Miguel Hernández tenemos un autorretrato en carne viva de su orgullo poético, de ese afán suyo de redimirse, como si derribara el muro de la exclusión, con la sola fuerza de su mano de escritor. Por ello, me detengo en recoger algunas muestras de ese intercambio epistolar:

He pensado, ante su silencio, que usted me tomó el pelo a lo andaluz en Murcia —¿Recuerdaaa...?— ...Usted sabe que en ese libro hay cosas que se superan difícilmente, ...que es un primer libro y encierra más personalidad, más valentía, más cojones que los de todos o casi todos los poetas consagrados...

Dispensa Lorca, calorré de nacimiento, que haya dejado tanta anchura de tiempo entre tu carta y esta... Tanto he aprendido aquí que creo que hasta estoy aprendiendo a dejar de ser poeta: no puedo leer porque no tengo libros, escribir por no leer, estudiar por no leer también... ¿Hablas con algunos amigos para que se ocupen de mi libro?

Más tarde, en 1935, cuando Miguel quiera estrenar su drama *El totero más valiente* con la compañía de Margarita Xirgu, acosará a Lorca, incluso valiéndose de amigos comunes, o de cartas de una insistencia desesperada.

Quiero que me digas en seguida cómo va mi asunto. Interésate con toda tu buena voluntad por él, por mí. Ya sabes que espero lo que resulte con un ansia de perro hambón.

Aún estoy esperando tu última carta... Te escribo en una situación penosísima: parado, ni pastor siquiera... Y no encuentro trabajo y, por nuestra pobreza, cada bocado que como es vigilado con el rabillo del ojo por todos... Dime que has visto a algún amigo tuyo político influyente como me ofreciste, que has hallado algún rincón a mi medida. Moléstate un poco por mí, hazme el favor. No te escribo más, esta es mi última carta, con ella me juego todo. Si para ti no significa mucho tu amistad para mí mucho la tuya.

Después, cuando ya Federico lo rehuya abiertamente, todo desemboca en que el granadino terminará temiendo encontrarse con él de un modo casi patológico, hasta el punto que preguntará, antes de acudir a la habitual tertulia en casa de Aleixandre, si se encuentra allí Miguel para, en ese caso, darse la media vuelta.

Es importante señalar que este primer Miguel, que no tiene otra opción que nacer a las letras bajo el ambiente ultraconservador de Orihuela, es congruente con esos primeros textos. Hay una sinceridad elemental en esa prehistoria de su poesía, un vaciar en ella toda su credulidad de muchacho afiliado al Círculo Católico y asimilado por Sijé, a quien llamaba su jefe, al círculo fascista que capitaneaba Giménez Caballero.

Sin embargo, está ya encontrando su forma de nombrar el mundo valiéndose de elementos de la naturaleza. Su voz empieza a empaparse de tierra, a estar hecha del barro del que un día querrá que sean su cuerpo y

su palabra. Se trata de esa consciencia hernandiana de estar integrado en la huerta o en las sementeras, en los trigales o en las montañas, de sentirse campo y de hablar como si su voz llevara adherida la materia de su entorno. Empieza ya a escribir con su sangre, con la pulpa de la naturaleza que circula por su sangre:

*Alto soy de mirar a las palmeras,/ rudo de convivir con las montañas,* escribirá. En sus poemas, los higos serán *abiertos, dulces sexos femeninos*. O un niño condenado a arar el campo ajeno será *carne de yugo*, como si la persona y la herramienta que penetra la tierra, más que unidas, fueran la misma cosa.

Cuando Pablo Neruda haga el retrato de Miguel Hernández, insistirá en esa simbiosis del poeta con el medio natural, hasta el punto de que su carácter y su mismo ser biológico le parecen una mera prolongación de la huerta oriolana. Escribe Neruda:

Miguel era tan campesino que llevaba un aura de tierra en torno a él. Tenía una cara de terrón o de papa que se saca entre las raíces y conserva la frescura... Me contaba cuentos terrestres de animales y de pájaros. Era este escritor salido de la naturaleza como una piedra intacta, con virginidad intacta y arrolladora fuerza vital.

Oíd ahora este poema de su primera época, donde creo que se expresa con claridad este construir las palabras con la tierra y todo lo que vive sobre la tierra, en una unidad desde cuyo centro salta la voz del poeta sin que ni siquiera podamos hablar de una naturaleza humanizada sino de que la naturaleza ha colonizado al hombre y se vale de su voz para expresarse. El poema se titula *Primavera Celosa* y solo lo leeré en parte, con la intención de aislar la idea que vengo subrayando. Dice así:

.....  
Como de un fácil vergel,  
se apropian de ti y de mí  
la vehemencia del clavel  
y el vellón del alhelí.  
Hay gallos de altanería  
alardeando en mis venas  
y en la frondosa alma mía  
mejorana y azucenas.  
.....  
Me desazona la planta  
un ansia de enredadera

y de tu cuerpo y de tanta  
rosa rosal quisiera.  
Dando fruto a las abejas  
entre labios y racimos,  
muy cerca de tus orejas,  
y de las mías vivimos.  
Si a higuera tu beso huele,  
suena y sabe a rruiseñor,  
y abril con amor me duele,  
y mayo con flor y amor.

El segundo Miguel Hernández es la antítesis del primero. Es como, si al abrir las ventanas, a las que accede en Madrid, se saturara de luz y, con la enteriza decisión de siempre, renunciara al que solía ser, a aquel pastor que iba para virtuoso poeta regionalista, cantor de un mundo satisfecho e inmóvil. Comprende ahora que ser persona es no tener, y buscar lo que no se tiene. Ser sangre de los que nada tienen y vivir con el afán de, entre todos, tener algo, de ser alguien que tenga un mismo nombre colectivo. Se llamará ahora Miguel Pueblo; se llamará Miguel Sangre, Miguel Barro.

En 1935, el antiguo poeta pastor se llena de realidad: se alista a las Misiones Pedagógicas y recorre pueblos de Castilla con un cine ambulante y un puñado de romances que recita en plazas y garajes; en apasionadas conversaciones en la cervecería de Correos, se deslumbrará ante el escritor argentino González Tuñón y su concepción social del arte. La segura amistad y el inteligente magisterio de Aleixandre lo arroparán, mientras que Pablo Neruda lo alistarán en su revista *Caballo verde para la poesía* y su declaración de hacer poesía *gastada como por un ácido por los deberes de la mano, penetrada por el sudor y el humo, oliente a orina y azucena... Una poesía impura como un traje, como un cuerpo, con manchas de nutrición..., sin excluir deliberadamente nada... una poesía con huellas de dientes y de hielo, roída tal vez levemente por el sudor y el uso. Hasta alcanzar esa dulce superficie del instrumento tocado sin descanso, esa suavidad durísima de la madera manejada...*

Por otra parte, la pintora Maruja Mallo entrará en su vida como un desgarrón de sexo y de libertad, y aquel poeta que cantaba a Josefina Manresa con la voz chica de un noviazgo blanco, *Te me mueres de casta y de sencilla*, arderá al contacto de la nueva mujer con ese brío animal de los excarcelados que bulle en los nuevos poemas llenos de asombro y de lujuria. La inmensa mayoría de los sonetos de *El rayo que no cesa* van se-



cretamente dedicados a ese revulsivo que fue Maruja Mallo, una pintora gallega tan inquietante y libre, tan inaprensible, que Gómez de la Serna la bautizó como “la brujita joven”. Ahora, ha afinado su poesía con el neorromanticismo que le aportan Vicente Aleixandre y Pablo Neruda. Dice estar *harto de tanto arte menor y puro, de los remilgos y empalagos de poetas que parecen confiteras...de tanta confitura rimada.*

De esa época, data un poema miliar que traza un corte en la vida de Miguel Hernández. Está articulado sobre un verso, *Me libré de los templos, sonreídme*, y es una declaración de principios sobre su alineamiento con las clases empobrecidas, al tiempo que una negación del mundo anclado, oscuro y reaccionario de Orihuela. En el poema viene a explicar que se ha librado de la Iglesia, una enorme serpiente, cuyos *anillos verdugos reprimieron y malaventuraron la nudosa sangre de mi corazón*. Esa nueva libertad lo impulsa a acudir junto a los trabajadores y a levantar una violencia vengativa e igualitaria, tan drástica que pueda restituir al hombre desposeído de todo al mínimo nivel de hombre. Oíd estos fragmentos:

Me libré de los templos, sonreídme,  
donde me consumía con tristeza de lámpara,  
encerrado en el poco aire de los sagrarios;  
salté al monte de donde procedo,  
a las viñas donde halla tanta hermana mi sangre.

.....  
Agrupo mi hambre, mis penas y estas cicatrices  
que llevo de tratar piedras y hachas,  
a vuestras hambres, vuestras penas y vuestra herrada  
carne,  
porque para calmar nuestra desesperación de toros  
castigados  
habremos de agruparnos oceánicamente.

.....  
Habrá que ver la tierra estercolada  
con las injustas sangres,  
habrá que ver la media vuelta fiera  
de la hoz ajustándose a las nuca,  
habrá que verlo todo noblemente impasibles,  
habrá que hacerlo todo sufriendo un poco menos  
de lo que ahora sufrimos bajo el hambre,  
que nos hace alargar las inocentes manos animales  
hacia el robo y el crimen salvadores.

En una carta que le escribe a quien fuera uno de sus más eficaces valedores de primera hora, Juan Guerrero, deja testimonio del cambio de piel reflejado en el poema *Sonreídme*. La carta está fechada en junio de 1935, época en la que escribiría el poema aludido y los sonetos de *El rayo que no cesa*. Recojo aquí lo esencial de ese envío a Guerrero:

Ha pasado algún tiempo desde la publicación de esa obra [ Se refiere al recién publicado *El silbo de afirmación en la aldea*] y ni pienso ni siento muchas cosas que digo allí, ni tengo nada que ver con la política católica y dañina de Cruz y Raya, ni mucho menos con la exacerbada y triste revista de nuestro amigo Sijé... En el último número de *El Gallo Crisis* sale un poema mío escrito hace seis o siete meses: todo él me resulta extraño. Estoy harto y arrepentido de haber hecho cosas al servicio de Dios y de la tontería católica. Me dedico únicamente a la canción y a la vida de tierra y sangre adentro: estaba mintiendo a mi voz y a mi naturaleza terrenas hasta más no poder, estaba traicionándome y suicidándome tristemente. Sé de una vez que a la conciencia no se le pueden poner trabas de ninguna clase.

El cambio es, pues, radical y está consumado. Miguel Hernández está esgrimiendo con seguridad una nueva ética, una visión del mundo, un querer abrir de par en par los brazos a la realidad esencial de los que siempre han sido víctimas sin ni siquiera saberlo. Y esa ética sobrevenida exige una nueva estética que va a encontrar en lo que ha llamado en la carta a Guerrero una *vida de tierra y sangre adentro*. Se trata de la recién estrenada voz que se agita en el poema *Sonreídme*, la misma que convertirá a su poesía en un latido que sale de la materia y resuena a materia viva y repartida. Como si ya Hernández no pudiera separar su poesía del flujo de su sangre, ni de la tierra de su carne, porque hay una interiorización tan profunda del entorno que ahora la realidad, el poeta y el poema vibran al unísono, se amalgaman en una única y estremecida palpitación. Hablo de un modo de decir, hecho como con la sangre del poeta y con la tierra de la realidad. Palabras que se funden en un mismo campo semántico. Una especie de panhumanismo que, al nombrar al mundo, se está nombrado también a sí mismo.

Si en su etapa anterior Miguel hablaba como impregnado de naturaleza, como si su textura biológica fuera la misma que la de la naturaleza, ahora pondrá esa técnica al servicio de los demás, y sus poemas retumbarán a humanidad. Su voz se hará plural, repartida, multitudinaria. Es la voz, como le dice en una carta a El Campesino, *que nuestro pueblo mueve en nuestra garganta*.

*La lengua en corazón tengo bañada, escribirá.*  
*Me sobra corazón, escribirá.*  
*Siempre fuimos nosotros sembradores de sangre./ por eso nos*  
*sentimos semejantes al trigo, escribirá.*  
*Yo, el más corazonada de los hombres, escribirá.*  
*Mayo es hoy más colérico y potente:/ lo alimenta la sangre*  
*derramada, escribirá.*  
*Acércate a mi clamor, pueblo de mi misma leche, escribirá.*  
*Crecen los héroes llenos de palmeras, escribirá.*  
*Haría un tintero con mi corazón, escribirá.*

Pero toda esta colectivización de palabras que se apropian del mundo para igualarlo con el hombre, podría concretarse en los primeros versos del poema *Vientos del Pueblo*, como manifiesto de la nueva estética hernandiana, que funciona como una hipérbole de la entrega a los demás hasta el punto de que el uno, el poeta, se diluye en el todo que también es uno.

Vientos del pueblo me llevan,  
 vientos del pueblo me arrastran,  
 me esparcen el corazón  
 y me aventan la garganta.

Es como si su nueva poesía encontrara todo su poder penetrando la realidad para vaciarse en su materia mientras intenta transformarla. En este sentido que vengo hablando, en *La canción del esposo soldado*, si se considera a la mujer, a esa mujer-tierra del poema, como una sinécdoque de la realidad, tendríamos un ejemplo de la formulación completa del alcance de esta nueva poesía: la misma materia del poeta, que es mundo, se funde con el resto del mundo para mejorarlo. El esposo soldado fecunda a la mujer, como si arara un barbecho, y espera al hijo que brotará de la mujer-tierra mientras continúa nutriendo a esa misma tierra con su lucha en el frente. Es decir, el poeta mundo fertiliza y agranda al mundo. Leeré solo la primera y la última estrofas:

He poblado tu vientre de amor y sementera,  
 he prolongado el eco de sangre al que respondo  
 y espero sobre el surco como el arado espera:  
 he llegado hasta el fondo.

.....

Para el hijo será la paz que estoy forjando.  
Y al fin en un océano de irremediables huesos  
tu corazón y el mío naufragarán, quedando  
una mujer y un hombre gastados por los besos.

Con esta voz de tierra y sangre cruzará Miguel Hernández la guerra, actuará como comisario cultural, estará en el frente de Madrid y, cuando llegue a Jaén, a primeros de marzo de 1937, se sorprenderá de la pasividad de nuestra ciudad que parece sestear sin que sienta la obligación de trabajar en las tareas de retaguardia. Ha llegado el poeta a Jaén para organizar la propaganda republicana –cine, charlas, teatro, recitales– que tiene su cara más visible en el periódico *Frente Sur*, donde escribirá casi a diario.

A los pocos días de llegar aquí, viaja a Cox para casarse y regresar enseguida con Josefina Manresa con quien se instalará en el palacio del Comisariado, sito en la calle Llana, hoy Claudio Coello. La actividad de Miguel es incesante, sobre todo, porque está absorbido por el sitio del santuario de La Virgen de la Cabeza, donde, como reportero de guerra, irá escribiendo una crónica entusiasta.

Cuando el uno de abril, por orden de Queipo de Llano, la aviación golpista bombardeó la ciudad, el poeta se encuentra en el frente de Lopera pero, a su regreso, podrá ver la devastación del caserío y tener noticia de los centenares de heridos y de los ciento cincuenta nueve muertos, entre ellos más de cincuenta niños menores de diez años. Escribirá entonces un duro artículo en *Frente Sur* que, aún hoy, conmueve leerlo por su vigencia en cuanto al letargo de nuestra ciudad que todavía tiende a dejar pasar la vida sin entrar del todo en ella. Lo extraigo de *Ruiseñor de fusiles y desdichas*, el excelente libro firmado por el siempre querido, por el nunca olvidado Manuel Urbano. Os leeré solo algún fragmento:

La pedregosa ciudad de Jaén, lunar y solar a un tiempo, vivía de espaldas a la guerra de su pueblo, de su patria...eran muchos los que disculpaban y hasta aplaudían la criminal introducción del criminal fascismo en España. Jaén tenía un corazón casi sordo, casi ciego, casi insensible a las generosas oleadas de sangre que andan desplegadas sobre el solar hispano...Voy creyendo que para que un pueblo, un hombre, un español, sienta los sufrimientos de otro es preciso que pesen también sobre él las desgracias que al otro aquejan...Jaén yacía indiferente a todo, durmiendo en un sueño blando de aceite local.

Estas palabras sobre Jaén pueden parecer exageradas, quizá injustas, pero son congruentes con un hombre que se jugaba la poesía, el amor o la

guerra a cara de perro. Con la misma pasión que un día, recién arrancado por su padre del colegio, decidió que la poesía lo salvaría de las humillaciones de la vida, se hizo pueblo y entendió la necesidad de vencer al fascismo como el único aire posible para ese pueblo. Su entrega fue siempre paralela a una voluntad hecha con el acero de la vehemencia y del deseo. Y jamás, para él, la falta de compromiso con la República podían justificarlos los intereses o la ignorancia o, aún menos, la cobardía. Por eso se indigna cuando, después del bombardeo de Jaén, muchas familias se van a vivir a los olivares en lugar de ayudar a la defensa de la ciudad. Por eso, se escandaliza ante las parejas de jóvenes que, ajenos a la contienda, pasean sonrientes por La Carolina con ropas recién planchadas. Por eso, perdió un diente a consecuencia de un enérgico puñetazo que le descargó María Teresa León, la compañera de Rafael Alberti.

Sucedió en el palacio de Heredia-Spínola donde tenía su sede la Alianza de Escritores Antifascistas. Miguel recorría por entonces las primeras líneas de fuego, al sur de Madrid, en su trabajo de comisario dedicado a alentar a la tropa. Cuando un día, sudoroso y polvoriento, regresa al palacio, se topa con un ambiente festivo, una bullanga incongruente con la brutal tragedia del frente. Hay risas y, sobre la mesa, botellas de vino y restos de una abundante comida. También parece estar sobre la mesa el recuerdo acumulado de las fiestas de disfraces y de los juegos frívolos con los que los intelectuales intentaban burlar la inmensa malaventura de la guerra. El contraste entre él y lo que ve, entre los compañeros que se juegan la vida en las trincheras y estos otros del vino y la parranda, lo lleva a gritar:

—¡Aquí hay mucha puta y muchos hijos de puta!

Cuando Alberti le pide explicaciones, la respuesta del de Orihuela es acercarse a la pizarra y escribir lo que acababa de decir por si alguno no lo había escuchado. Y la réplica de María Teresa León, la única mujer allí presente, se resuelve en un contundente puñetazo que lo enemistaría con la pareja para siempre.

Ya lo veis: pasión, certezas exacerbadas, urgencia por conseguir lo necesario. Él que había sido un ardiente militante de sí mismo y de la poesía, ahora militaba en una causa mucho mayor que lo llevaba, así lo dejó escrito, a vivir *en los veneros del pueblo* y a empuñar *rabiosamente la mano del corazón y el alma que lo sostiene* para atronar los campos con las voces de la justicia social.

Toda esta intensidad superlativa en la afirmación tendrá, como en un espejo, su correlato en la negación. Si amó y luchó a bocajarro, sufrirá también a bocajarro.

El último Miguel Hernández es el de la caída en un vasto vacío: ha perdido una guerra, ha perdido al hijo, a los compañeros que eran pueblo de su misma leche. Ha perdido su virginal inocencia, y siente como inútil aquella pulsión igualitaria que parecía no tener fin. Está en la cárcel, en un rosario de cárceles que acaban en la de Alicante, y el hombre, que se dejó *arrastrar hecho pedazos ya que así lo ordena a mi vida la sangre y su marea*, mira lo perdido. Y lo perdido es ahora un ancho paisaje de cenizas que ha sido trizado por huracanes, garras, vientos, hachas o rayos. Esas son las metáforas con las que explica la capacidad de exterminio de la guerra: sustantivos que cortan y desgarran, metáforas de violenta disgregación que expulsan al poeta de su medio (es decir, de sí mismo) hasta el punto de que aquel hombre, que solo encontraba su sentido fermentando la tierra con su voz, se ve de pronto flotante, exento, como una pura conciencia o un puro dolor que observa el caos:

Troncos de soledad,  
barrancos de tristeza  
donde rompo a llorar.

Miguel Hernández sabe que es el fin, porque no solo ha perdido el nexo, esa gran vena plena de sangre que lo incardinaba con el mundo, sino que ese mismo mundo es el que se está atomizando. Su poesía y él mismo han quedado sin objeto, y lo va a resumir en un solo verso que viene a ser a la vez un epitome y un testamento vital. Lo escribe en el poema *Menos tu vientre* en el que hace un recorrido sobre los despojos de un país del cual solo queda un símbolo mínimo de resistencia, el microcosmos del vientre de Josefina Manresa donde se gesta el nuevo hijo. Ahí reside la frágil sobrevivencia y la esperanza de retorno a la naturaleza y a la armonía, porque lo demás es un hueco. Lo demás es un estricto pasado, tan irrecuperable que ya no tiene entidad y, más que a memoria, se ha reducido a un irreconocible vestigio. Lo va a expresar con uno de esos versos que por sí mismos suponen una antología, en este caso, del absoluto poder de la destrucción. Escribe: *Polvo sin mundo*. No le basta a Miguel Hernández la metáfora descriptiva de *mundo de polvo* que en sí misma ya hubiera sido una hipérbole de la desintegración. Va mucho más lejos porque el efecto de la destrucción, el polvo, es lo que ha sustituido a lo destruido, al mundo, a algo que fue unitario y ahora es nada, a no ser minuciosos fragmentos que ni siquiera remiten a su origen.

Muchas veces me viene este tristísimo verso como algo que puede resumir al último Miguel, al despojado de todo menos de la suprema

solvencia de la palabra, al que escribió con su sangre e hizo poemas entrelazados de venas o raíces hasta que un brutal golpe de estado lo dejó sin tierra, lo dejó sin la materia de sus versos y a él mismo lo diluyó en un polvo sin mundo.

Sin embargo, aquel chaval de quince años que se quedó sin escuela, quizá ese mismo día intuyó que se vengaría de su mala fortuna de un modo tan afortunado que nos dejaría la herencia prodigiosa de un puñado de versos con los que comprendemos con claridad quiénes somos, dónde estamos o qué caminos queremos transitar. Para mí, es casi imposible evitar la asociación de ciertas situaciones con sus poemas que actúan como focos o primeros planos sobre ellas. Imposible, por ejemplo, no pensar: *mis ojos, sin tus ojos, no son ojos/ que son dos hormigueros solitarios; como el toro me crezco en el castigo*. Imposible, a veces, no pensar: *tristes guerras/ si no es de amor la empresa; en la cuna del hambre/ mi niño estaba,/ con sangre de cebolla se amamantaba*.

Lo mismo que me es difícil regresar a Jaén atravesando la inmensidad del olivar y no recordar el poema que escribió aquí nada más establecerse en la ciudad el dos de marzo de 1937. Difícil que, mientras la carretera me va acercando a aquí, no me diga, *andaluces de Jaén, aceituneros altivos*; difícil dejar de pensar, *cuántos siglos de aceituna, los pies y las manos presos*. Difícil dejar de repetirme, *no vayas a ser esclava/ con todos tus olivares*. De repetirme: *A ser esclava con todos tus olivares. Con todos tus olivares*.

Muchas gracias.

